

## LOS SIN VIVIENDA

IGNACIO MARTIN-BARO

"Alternativa" (UCA, San Salvador), 2. 1 de Abril de 1976.

Informes de Guatemala nos aseguran que, a causa del reciente terremoto, han quedado destruidas cerca de doscientas cincuenta mil viviendas. Quien haya observado en alguna oportunidad los rostros de quienes contemplan lo que un día fue su hogar, quien haya podido ver el aferrarse de las personas a las ruinas de su vivienda, podrá entrever de alguna manera lo que representa perder la propia casa de la noche a la mañana.

Pero para perder la propia casa primero hay que tenerla. Según el arquitecto Luis Alas, representante por El Salvador ante la Federación Centroamericana de Arquitectos, "el déficit de viviendas en el país asciende a más de doscientas, cuarenta mil, especialmente en la tipo obrero, marginal y rural". Datos oficiales u oficiosos son incluso menos optimistas, y presentan una cifra más elevada. Es decir que, por lo menos, un cuarto de millón de familias salvadoreñas hoy por hoy no puede perder su casa, sencillamente porque no la tiene. Un cuarto de millón de familias es, aproximadamente, la tercera parte de las familias salvadoreñas. Para ellas, la actual organización social representa algo así como un terremoto, al menos en lo que a vivienda respecta. Un terremoto, sólo que no circunstancial, sino cotidiano, lo que es mucho peor.

Carecer de vivienda no significa, en modo alguno, dormir en la calle (aunque, en algunos casos, así sea). Significa habitar<sup>en</sup> champas, en tugurios o, sencillamente, compartir con otras muchas personas techo y paredes, en una saturación increíble del espacio habitacional.

El problema de la vivienda es, indudablemente, un problema económico y social. Pero, por lo mismo, es también un problema psicológico. La falta de higiene, el hacinamiento, la promiscuidad no son simplemente rasgos que describan una situación más o menos deplorable. Son, ante todo y muy principalmente, las condiciones reales, el medio donde se va a desarrollar en gran medida la personalidad del "sin vivienda". Y este medio es determinante en cuanto al qué y al cómo de ese desarrollo.

Quien nace y tiene que crecer en este medio deficitario, aprende a ver la realidad desde esta particular perspectiva: perspectiva de estrechez, de saturación, de ahogo. Es obvio que, a partir de esta situación, toda presencia constituye una intromisión, toda demanda, un conflicto, toda palabra o acción, una interferencia. Y, como residuo permanente de esta vivencia cotidiana, va quedando en el sujeto la idea clara de su propia superfluidad. En

la casa de "los sin casa", todos o casi todos estaban, están de más. Esta vivencia, reflejo de una realidad objetiva, va marcando indeleblemente al individuo con el signo de lo superfluo, de lo innecesario, de lo sin valor. En no pocas tradiciones culturales, el hogar, la vivienda, representa el asiento del honor, la dignidad y aún la identidad de una persona. De algún modo, quien carece de hogar difícilmente puede encontrar base en nuestra sociedad para esos atributos personales.

El hacinamiento característico en que habitan "los sin vivienda" fuerza al individuo a vivir hacia afuera. En nuestra cultura, gran parte de la personalidad más profunda se cultiva en el ámbito de la intimidad; la interioridad de una persona va floreciendo a través de las relaciones más íntimas, relaciones que se viven por excelencia en el seno de la familia y del hogar. Sin embargo, cuando la vivienda se hace "pública" por el hacinamiento de individuos, las personas no pueden construir normalmente un clima de intimidad, y se ven expulsadas hacia afuera de sí mismas. No hay interioridad posible donde no es posible intimar. Sin embargo, no por eso la persona deja de tener un interior; sólo que ese interior es cerrado, cercado, protegido por mil muros y, en no pocos casos, negado. Gran parte de nuestro ser cultural está condicionado por esa inhibición radical de la interioridad y un complementario exhibicionismo de exterioridad, lo que tiene repercusiones bien nocivas, tanto en las relaciones interpersonales (el tan nombrado machismo) como en el quehacer social (activismo vacío de pensamiento y reflexión).

Amos Rapoport, que ha estudiado a fondo la relación entre las culturas y el tipo de vivienda, decía que la casa "expresa el hecho de que las sociedades compartan algunos objetivos y valores vitales, generalmente aceptados. Las formas de los edificios primitivos, nativos, no son tanto el resultado de los anhelos individuales cuanto de los fines y deseos de un grupo acerca de un ambiente ideal. Por eso tienen un valor simbólico".

La casa de "los sin vivienda", ¿qué ideal puede expresar? ¿Qué valor puede estar simbolizando? ¿A caso el valor de una sociedad que, de tal manera se ha habituado a convivir con la injusticia, que la ha convertido en "naturaleza humana"? En todo caso, algo se puede afirmar: la falta de vivienda no expresa los anhelos de tantos hombres y mujeres salvadoreñas; más bien, ellos expresan en su carne y en su espíritu la huella imborrable de no haberla tenido. Más que un símbolo, toda una realidad viviente.